

Los copleros de la Conquista

APOSTILLAS AL LIBRO DE LUIS ALBERTO SANCHEZ "HISTORIA DE LA LITERATURA PERUANA"

Acaba de aparecer, editado por la empresa "Eufori6n", un libro del Sr. Luis Alberto S6nchez, intitulado "Historia de la Literatura Peruana." En su totalidad se ocupa de los poetas de la Colonia. La 6ndole de su contenido, que se enmarca entre la produccin literaria de los Conquistadores y la de los Revolucionarios de los primeros a6os del Siglo XIX, hace esperar, ateni6ndose a una promesa del autor, que la obra ha de continuarse en sucesivos vol6menes, abarcando la producci6n literaria de los Cantores de la epopeya libertadora (1821 a 1826) y el centenario de la Rep6blica, cuyo natalicio estamos pr6ximos a celebrar.

Labor meritoria en alto grado es la emprendida por el Sr. S6nchez. Su obra representa uno de los m6s valiosos esfuerzos que hasta ahora se hayan hecho en el estudio de la historia literaria del Per6, pues, como 6l mismo lo hace constar en su pre6mbulo, la tarea de dar a conocer la producci6n literaria habida en el Per6, no se ha limitado, hasta hoy, sino a revistas m6s o menos extensas o a trabajos parciales, si bien altamente meritorios.

Apenas si entre esta s6ntesis de la historia literaria, valen por su elevado valor doctrinario y cr6tico, el Discurso del Dr. Javier Prado, al inaugurarse la Academia Peruana de la Lengua, y los apuntes de Ventura Garc6a Calder6n sobre Literatura Peruana, en la *Revue Hispanique*. Ambos trabajos han planeado la obra futura, que ha de ser elaborada con el auxilio de materiales conseguidos a costa de muy prolija investigaci6n.

A esta tarea de preparación de recursos y de aportamientos de valores para la edificación de la obra magna, allega Sánchez su trabajo meritorio. Fruto es de su paciencia benedictina en el escrudiñamiento de la producción ignorada y anónima que se pulveriza en los anaqueles de nuestra biblioteca manuscrita colonial. Ampliando este trabajo de investigación, ha clasificado esos valores literarios, precisa y metódicamente, llevando a cabo una ordenación indispensable, en todo estudio comparativo y de apreciación crítica. Aporta así una valiosísima contribución a la Historia de la Literatura Peruana, que podrá componer definitivamente, si persevera en su labor estudiosa, y si, con el caudal que ha de concederle la experiencia y la ilustración, templa su espíritu muy fogoso o iconoclasta, y se acostumbra a valorar la obra humana, teniendo en cuenta las influencias decisivas que la mengüen, fatales las más veces, ya que nadie aspira a realizar obra defectuosa e incompleta.

Toda obra de crítica debe ser obra de orientación y de doctrina: no basta demoler; la labor destructora es fácil y perniciosa, como lo es la edificación precipitada y al margen de normas. El crítico que tiene el deber de la apreciación sincera y del sentimiento a moldes de buen gusto, descubriendo errores y defectos, ha de armarse de ilustración amplísima y de imparcialidad a prueba de prejuicios. Estas sustanciales cualidades del crítico literario, que juzga la obra de los contemporáneos, se imponen más tratándose del juicio que ha de recaer sobre la producción del pasado.

En el examen de épocas que fueron, hay que prevenirse de los preceptos de escuela y secta y de los prejuicios que imponen el partido, la raza y toda esa serie de valores morales que pesan sobre nuestro juicio, ejercitando sus influencias sentimentales.

El pasado laboró bajo condiciones que se desvanecieron con el tiempo, y al impulso de gustos y de tendencias, que, en el mayor número de los casos se nos ofrecen extravagantes y falsas. Hay que tener una gran serenidad de criterio, para no perturbarse ante el contraste que nos ofrecen la vida y la muerte, el presente y el pasado, el paisaje iluminado por el sol y el cuadro alumbrado por las antorchas; el sabor de exquisiteces actuales y el

concepto de gustos pasados. Hay que tener, además, una gran benevolencia para juzgar a esas almas crédulas de lo que en nosotros, no sólo es duda, sino escepticismo, y que se conmovieron por lo que a nosotros sólo nos provocaría hilaridad o hastío. ¡Cuán difícil resulta entonces la labor de apreciación! Mas, cuando se lleva a cabo con éxito, entonces se pueden recoger de los escombros, preciosos materiales de edificación, y encontrar entre la fúnebre procesión de las pasadas culturas, esas voces múltiples y coros sinfónicos de la perdida humanidad, esas armonías que aún continúan siéndolo, y que por el valor de su perennidad, deben servir de ejemplo y de modelo.

El autor del libro que analizamos, tiene especiales conditio-
tu y muy felices cualidades para llegar a ese temple de espíri-
tu y severa ecuanimidad, indispensables en el crítico, y estoy
seguro que si su perseverancia en el trabajo, su celo patriótico
y su dedicación a tarea tan elevada, no los desvían extrañas in-
fluencias, muy comunes en nuestro medio, llegará a coronar su
propósito y edificar nuestra historia literaria tan variada y tan
rica.

Vasto es el plan de la obra del Sr. Sánchez. Por lo mismo, su
tarea ha sido penosa, máxime si se considera que para la com-
posición de las reseñas de los variados períodos literarios o "ci-
clos", como él los llama, no ha tenido eficaces auxiliares en fuen-
tes históricas o copiosas bibliografías. La más amplia y erudita,
la del chileno Medina, ha sido la base fundamental, casi única
de todo su libro. Desgraciadamente, Sánchez no ha conocido las
últimas búsquedas que en materia bibliográfica ha realizado el
escritor chileno, a ser así no hubiera olvidado muchas de las
producciones del siglo XVI, principalmente la de los copleros
de la Conquista, así como una variedad de romances pertene-
cientes al ciclo de la Araucana. Han pasado, por lo mismo, desa-
percibidas muchas de las composiciones poéticas del primer pe-
ríodo, que, aunque se esconden en las crónicas, no es posible olvi-
darlas en una historia de las Literatura Peruana, supuesto que a
su linaje de cantares populares, se unían su significado histórico,
el valor técnico que tuvieron para los hombres de la época y aun
para los contemporáneos.

El período heroico de la Conquista se caracteriza por una
exuberancia de vida y un desborde de energía. La raza espa-

ñola, que salía de la gran aventura de las guerras moriscas, se lanzaba a la otra, aun más grande y provechosa, de la conquista de los imperios del Nuevo Mundo. La vitalidad y el valor dieron a la raza una expansión y una alegría incomparables. Las tierras de Castilla y de Extremadura y las del mediodía de España que eran cuna de los conquistadores, tenían una vasta y riquísima literatura de gesta. El Romance español no era sino la rapsodia de los cantares del pueblo que recordaba los siete siglos de aventuras militares de los Caballeros de la Cruz. Al llegar a las tierras vírgenes de América, ¿cómo no habían de sentirse atraídos a rimar las grandes acciones heroicas de esos oscuros soldados, que, a golpes de fortuna, se convertían de miserables expósitos en semidioses, y que su cotidiana vida de taberneros, y de tahures, la cambiaban, derrepente, en regalada existencia de magnates, y todo ello sólo a costa de golpes de audacia y de valentía?

De allí que al comienzo no más de las primeras tentativas de conquista del Perú, observemos que las más tristes y desconcertantes peripecias de la expedición, se atemperan con el buen humor de los copleros o la gracia retozona de los rimadores, que hacían olvidar penas y disgustos, con las sutilezas del chiste y las ocurrencias ingeniosas de la copla satírica.

Cuando el hambre y la desesperación de los enganchados por Pizarro, los obligaba a denunciar las penalidades sufridas al Gobernador Pedro de los Ríos, Juan de Saravia colocaba, bajo el severo memorial de las quejas, la copla inmortal:

Pues señor Gobernador,
Mírelo bien por entero,
Que allá va el recojedor,
y acá queda el carnicero.

Más tarde, Jerez, en las coplas dirigidas al Monarca Señor de las Españas, revela ingenuidad y buen gusto.

Las cita Sánchez para ponderarlas en demasía, considerando al secretario de Pizarro más acertado que Peralta en sus loas y alabanzas. Jerez hacía compañía a Saravia entre los copleros hispanos avecindados en Panamá, sólo que mientras éste volvió, probablemente, a morir en la miseria, Francisco de Jerez de pobre se convirtió en señor, y habiendo salido de Sevilla con las manos vacías, regresaba a los 20 años de aventuras

en América, con 110 arrobas de oro y plata, y además el gusto literario refinado y acrecentada la piedad, prueba de ello son las loas al Rey y las limosnas a favor de pobres y ánimas.

Que hacían compañía a las huestes de Pizarro y Almagro, rimadores de fama, pruébalo, que en otra circunstancia memorable vuelve a apuntar la lira traviesa y juguetona de los copleros.

Se disputaban Pizarro y Almagro, con las armas en la mano, la posesión de la Ciudad del Cuzco y los límites de la Gobernación de Nueva Castilla y Nueva Toledo; la geodesia de la época había enrevesado los títulos y los derechos a tierras y ciudades. La avaricia no andaba sorda ni ciega en ambos campos, y cuando ya la guerra civil, iba a malograr la conquista, un buen sacerdote mercedario se ofreció como árbitro en la contienda de los dos socios. Convínose por decreto del padre Bobadilla, y con asentimiento de los dos rivales, en una entrevista, preliminar a la sentencia, que habían de realizar Pizarro y Almagro, y en la que las buenas razones podían templar los ánimos y traer la paz.

El pueblo de Mala, cerca a Pachacámac, fué el designado para la entrevista. El documento original dice que Almagro debía hacerse acompañar de doce de a caballo y la guarda de su persona de a pie, su secretario y su capellán, y como asesor el Licenciado Prado, con el servicio moderado de casa y mesa. Seguramente iguales condiciones se pusieron a Pizarro, pero es el caso que éste, con la mala fe y falta de hidalguía que le era característica, previno a su hermano Gonzalo para que, a buena hora, se pusiera en marcha sobre Mala con más de 600 soldados. Ignorante Almagro de semejante trama, llegó al lugar de la cita, donde a poco se presentó Pizarro. Mal se avenían los ánimos de los dos capitanes de índole tan distinta. Almagro al ver a su antiguo socio, se sacó el sombrero y quiso estrecharle la mano; Pizarro, tocándose apenas el casco, dió a entender que no llevaba más lejos su saludo, y principió a recriminar a su adversario. Oyólo Almagro inalterable, previniendo a su favor a todos los que presenciaban el espectáculo. ¡Cuál no sería de antipática y vana la conducta de Pizarro, que uno de sus propios soldados que le hacía escolta, al darse cuenta de que ya se aproximaban las huestes de Gonzalo, que iban a dar al traste con la conferencia y poner a buen recaudo al Viejo Mariscal, guiñándole el ojo para que se previniese, canturreó esta copla que se hizo célebre en esos movidos tiempos:

Tiempo es el Caballero,
 tiempo es de huír de aquí,
 que me crece la barriga
 y se me achica el vestir!

Oír la copla el Viejo Almagro y lanzarse sobre su bñidón todo fué uno, con lo que Pizarro se vió burlado y el padre Bobadilla convencido de que entre sus ahijados había uno que no merecía el mote de caballero ni de hidalgo; y continuó la disputa. Insiste Pizarro en sus ofertas de mala fe, y Almagro en su ingenuidad; pronto se enconan los ánimos y se forman los partidos irreconciliables. Los poetas, que ahondan el porvenir, continuaban rimando profecías:

Almagro pide la paz,
 los Pizarro, guerra, guerra:
 ellos todos morirán (1)
 y otro mandará la tierra.

Se cantaba al són de guzlas en los villorrios, cunas de Lima, Arequipa y Guamanga.

Sánchez ha citado, y con justicia, el bello y sentimental poema sobre la sentencia y muerte de Almagro. No ha reparado lo bastante en las advertencias que hace D. Alonso Enrríquez cuando asegura enfáticamente que el tal poema es anónimo. Así también lo creyó Menéndez y Pelayo, el que asegura fueron estos los primeros versos escritos en el Perú, y obra de un conquistador. Pero si se tiene en cuenta que "el caballero noble y desbaratado" que se nombra Alonso Enrríquez de Guzmán tenía la invencible tentación de la rima, que la intercalaba entre su más seria y severa prosa y contaba sus aventuras en metros (1), bien se le puede atribuir la paternidad del aludido romance.

(1) Prueba de tal son las dos estrofas en que narra lo que le aconteció en el golfo del Mar Océano:

Navegando mi sentido
 por el golfo del cuidado,
 llevando en popa el olvido,
 por la proa me ha investido
 memoria de lo pasado.

Pero hay aun más, el mismo Alonso Enríquez, al hacer su autobiografía, declara "por dar apetito a los leedores y por tomallo y para escribillo, escribo muchos géneros de cosas en metro y en prosa; aunque el metro será más corto, por que el más del tiempo es leproso y trabajoso y por eso soy más amigo de la prosa". Pues bien, apesar de que declara que el tal poema de la muerte de Almagro no es su obra, por que el autor del libro es parte y no sabe trovar", no ha de merecer tal declaración nuestro asentimiento, puesto que antes ha dicho que su obra ha de ser escrita "en metro y en prosa". Más acertado es suponer que, para dar visos de imparcialidad a su información de los sucesos políticos, incluyera como ajenas las apreciaciones sobre la muerte de Almagro, ya que así abogaba por su amigo muerto, haciendo ver el valor de su popularidad que provocaba a la musa popular a guardar su memoria y lamentar la injusticia cometida por los Pizarro.

Don José Toribio Medina cree también que sea el mismo Alonso Enríquez autor del poema; pues "ha de tenerse en cuenta, según dice, el carácter, burlesco, travieso y maleante de que estaba dotado," y "entonces, agrega, forzoso será concebir en que él y nó otro fué el verdadero autor del romance, como lo era de su propia biografía y de los demás errores en su libro insertos".

Son los tiempos del muy Magnífico Señor D. Gonzalo Pizarro y de su célebre Maestre de Campo, Carbajal.

El Gobernador del Perú se placía, según Santa Clara, en escuchar las coplas que se componían en su honor a la entrada a la Ciudad de los Reyes: lástima grande que no nos quede memoria de esos racimos de ripios, en donde se prodigaban al muy

Quisiera viendo el afrenta
no menos en la tormenta,
amainar mis pensamientos;
mas quien los hace contentos
no conciento que concienta.

.....

Así como esa otra intercalación irrisoria, entre el sentido discurso del curaca que se queja a Pizarro, y la narración de las rivalidades de los dos socios:

Todas las cosas del mundo
he visto que tienen cabo,
por eso no las alabo
sino a Dios que es soberano,

magnífico Señor, alabanzas y ponderaciones. El mismo Gobernador se preciaba de buen coplero, decidor, irónico y afectista. Prueba de ello tenemos en el incidente del Capitán Gumiel. Este había sido un leal servidor de su hermano, Francisco, partidario acérrimo del Marqués y ayo del hijo del Conquistador.

Resentido Gumiel con Gonzalo por no haber obtenido de éste un puesto de importancia y buena renta, principió a conspirar. Descubierta la trama del complot revolucionario, gracias al olfato de Carbajal, Gumiel fué conducido preso a Palacio y condenado, sin más trámites, al garrote. En la misma cámara de Gonzalo fué sofocado el infeliz, y Gonzalo explicaba la precipitación de la sentencia condenatoria con esta copla de tan alambicados equívocos:

Que conocida la culpa,
No hay disculpa que disculpe
sino que por la culpa culpe
cualquier modo de disculpa.

En esta aciaga época de persecución y de degollina, de vida a saltos de mata, de soplonería y de infidencias, la sátira asomó a relucir su encaretada faz y a punzar con sus agujijones.

Un tal Gonzalo de Pereira, vecino de Quito, pasaba entonces por coplero insigne. Afiliado en el partido de Gonzalo, acompañó probablemente al caudillo rebelde en Aña-Quito donde el infeliz Núñez Vela perdió la vida; fué de los que aplaudieron el que la cabeza del vice soberano del Perú se paseara por el campo de batalla; tan vil como hipócrita, después de aprobar el asesinato del Virrey, a escondidas puso sobre su tumba una malévoa copla que despertó en Gonzalo serias preocupaciones; pues veía nacer la reacción sobre el campo de la victoria. El epitafio decía así:

Aquí yace sepultado
el ínclito visorrey,
que murió descabezado
como bueno y esforzado
por la justicia del Rey.
(La) su fama volará
aunque murió su persona,
y su virtud sonará
por eso se le dará
de lealtad la corona.

Y vencedor Gonzalo, regresó a Lima en medio de las ovaciones que le tributaban los pueblos de tránsito. En la ciudad se engalanaban las casas, se prendían luminarias por las noches en señal de regocijo, y el ínclito y venturoso Gobernador pasaba bajo los arcos triunfales, oyendo los vítores del vecindario entusiasta. ¡Entonces sí que fué la de los copleros! En viejas crónicas se cuentan los espléndidos homenajes que tributaron al *tirano* (llamado así por quienes escribían bajo el Gobierno de La Gasca) en las ciudades de Piura y Trujillo; en esta última "se le hizo un muy solemne recibimiento por todo el Cabildo y Regimiento y vecindad della y en los arcos triunfales que se pusieron en las calles y encrucijadas por donde pasó, hubo muchos epitafios y letreros, alabando sus hechos y una letra dellos que decía en esta forma y manera:

De Vargas es mi linaje
y de Chaves mi opinión,
de León tengo el coraje
y de Rey la condición".

Después vienen los aciagos días del descenso. Ocúltase la estrella de Pizarro, y comienza el desbande de los miserables y desleales. Un día, cuando ya Gonzalo hubo de abandonar Lima para hacerse fuerte contra La Gasca, recibió una carta de muchos capitanes que se ofrecían a su servicio. "Carbajal alzólas en alto con sus manos a manera de pandero y repicando en ella con los dedos comenzó a cantar en tono:

Para mí me los quería
madre mía;
Para mí me los quería".

Era el mismo Carbajal, el de las chufletas y donaires a los cadáveres de ahorcados, el de las sangrientas burlas a los que pedían misericordia al pie del cadalso, el que consolaba en el último trance a sus víctimas, perdonándoles con desmedro de su honra, como a aquel infeliz que salvó de ser agarrotado con esta copla:

Mi comadre, mi comadre la alcaldesa,
nunca en la suya siempre en mi mesa;
y cada año me endilga un ahijado
¡qué compadre tan afortunado!

Y más tarde, en el célebre campo de Jaquijahuana, al contemplar el desbande de las tropas pizarristas, no dejaba de cauterrear, según Calvete:

Pues traidor me fuiste amor,
todos te sean traidor.

Y, según El Palentino y los testigos oculares, entonaba sereno e indiferente:

Los mis cabellicos maire
dos a dos se los lleva el aire.
¡ay, pobrecicos!
los mis cabellicos.

Así con un cantor tan popular como ramplón termina la tercera guerra civil.

Cuando entra La Gasca triunfante a la Ciudad de los Reyes, y todos se disputan el honor de vitorear al representante del Rey, y no hay cuartel para los leales ni para los hidalgos, porque cada cual se disputa el honor de ser el verdugo de su propia dignidad, vuelven otra vez los copleros ramplones a exhibir la vulgaridad de sus estilos, las destempladas cuerdas de sus péñolas y la languidez de sus cantos, en estas coplas que se compusieron para manifestar la adhesión de las ciudades a las banderas del Rey. Bueno es que consignemos que eran españoles de pura cepa los que así trovaban:

LIMA.

Yo soy la ciudad de Lima,
que siempre tuvo más ley,
pues fuí causa de dar cima
a cosa de tanta estima
y contino por el Rey.

TRUJILLO.

Yo soy también la ciudad
muy nombrada de Trujillo,
que salí con gran lealtad
con gente a su Magestad
al camino a recibillo.

PIURA.

Yo soy Piura, deseosa
de servirte con pie llano,
que como leona rabiosa
me mostré muy animosa
para dar fin al tirano.

QUITO.

Yo, Quito, con lealtad
(aunque fuí tan fatigada)
seguí con fidelidad
la voz de Su Magestad
en viéndome libertada.

GUANUCO Y LOS CHACHAPOYAS

Guánuco y la Chachapoya
te besamos pies y manos,
que por dar al Rey la joya
despoblamos nuestra Troya
trayendo los comarcanos.

GUAMANGA.

Guamanga soy, que troqué
un trueque, que no se hizo
en el mundo tal, ni fué,
trocando la P por G:
fué Dios aquel que lo quiso.

AREQUIPA.

Yo, la villa más hermosa
de Arequipa la excelente,
lamenté sola una cosa:
que en Guarina la rabiosa
pereció toda la gente.

EL CUZCO.

Ilustrísimo señor,
yo el gran Cuzco muy nombrado,
te fué leal servidor,
aunque el tirano traidor
me tuvo siempre forzado.

LOS CHARCAS.

Preclarísimo varón,
luz de nuestra escuridad,
Parnaso de perfición
desta cristiana región
por la divina bondad:
en los Charcas floreció
Centeno discretamente,
y puesto que no venció.
Fué que Dios lo permitió
por guardarlo al Presidente.

Y llega la novelesca cuarta guerra civil, en que luce la gallarda figura de Don Francisco Hernández Girón. Caballero que puso en sus banderas de rebelde la palabra *Libertad* y los versículos de las bienaventuranzas. Semejante proclama habría situado la controversia en el más elevado plano, y la rebelión de descontentos, se habría tornado revolución de principistas; desgraciadamente, tales frases apenas tenían sentido para los revoltosos

que sólo conocían la libertad de los esclavos. Para batir a Girón, capitán estratégico y audaz, armó la Audiencia un ejército colectivo, y al frente de él se pusieron, ¡oh vanidad de los hombres!, el Arzobispo de Lima y el Presidente de la Audiencia, oidor Santillana. La campaña se prolongaba sin resultados para los ejércitos legales, mientras los de Girón ganaban en hombres, armas y dinero. El campo rebeldé era un colmena de actividad, mientras en el de la Audiencia se adormecían los soldados a los rigores de un sol tropical y la repleción producida por una mesa siempre bien provista. Los jefes pasaban los días en medio de inocentes entretenimientos; el oidor dormía como un sochantre y comía como un músico, el Arzobispo rezaba como un eremita, pero jugaba como un germano, verdad que su juego era el del ajedrez; tan pública y notoria era la conducta de los generales, que más tarde pudo El Palentino, al contestar los cargos que hacía contra su libro el oidor, llamar al futuro Obispo de los Charcas, "perezoso, dormilón y amigo de estarse echado", dando pábulo a que se dijera de él así como del Arzobispo, el chiste que siempre cantaban los soldados:

El uno jugar y el otro dormir,
 ¡oh que gentil!
 No comer y apercebir
 ¡oh que gentil!
 El uno duerme y el otro juega:
 Así va la guerra.

Pero llegó el día aciago para Girón: después de las grandes victorias de Villacurí y de Chuquinga, sucede la rota de Pucará. ¡Allí Girón y su bella esposa Doña Mencía perdieron toda esperanza, aquél de gracias y perdones, ésta de ser la Reina del Perú.....!

Por más que la lucha hubiera sido mortificante para el vecindario de las ciudades ya constituídas, que ansiaban la paz, después de las sangrientas guerras de casi dos décadas, tanta simpatía había inspirado la gentil pareja, que la péñola de los copleiros, se echó a componer romances a cual más sentimentales y lastimeros: haciéndolo así traducía las afecciones más sinceras del pueblo que siempre recordó a Girón como a una víctima de la tiranía y a Doña Mencía como a una heroína y como una santa. Decían así:

El el Cuzco, esa ciudad,
grande gente se juntó,
convocárala Guirón,
que en el Perú se alteró.
Pienza de tiranisalla,
grande ejército formó,
tendió estandartes, banderas,
libertad apellidó.
Las guerras son publicadas,
la tierra se alborotó:
Guamanga la recibía,
Arequipa no negó;
en el val de Pachacama
su real Guiron sentó,
atendió allí cuatro días,
el postrero se volvió;
a muchos prendió y mató.
Este Guiron en Chuquinga
al Mariscal resistió,
con trescientos que tenía,
mas de mil desbarató;
saqueado ha todo el campo,
quinientos y más rindió.
Tiros hace de campanas,
de sagrario las quitó;
mas Dios no lo permitió.
vencer piensa al Reuy con ellos.
Fuerte hacen en Pucara,
el real campo allegó;
de noche dió la batalla,
con gran mal se retiró,
los suyos le desmamparan,
su perdición conoció;
conjúranse de matarlo,
no faltó quien le avisó.
Apriesa toma sus armas,
sus gentes apercibió,
su mujer tiene consigo,
¡oh cuán triste le habló!
“Adiós, adiós, amor mío,
¿que me mandáis, que me vo?

Hace cuenta que marido
jamás para vos nació;
vendieronme mis amigos,
dellos mal pagado só,
cada cual se me salió:
los que en esto, se metieron
la muerte me están tratando,
¡ved que les merecí yo!
En sus brazos la tomara,
en ellos se amorteció;
las lagrimas dél la mojan,
presto en su acuerdo volvió.
“¿Adonde váis, honra mia,
que no me levais con vos?
Llévame que a pie o descalza,
jamás os faltaré yo.
¡Desdichada de la madre
que tal hija parió!
¡Nunca yo fuera engendada,
plugiera al eterno Dios!”
“Ya no es tiempo, mi señora,
que me sigais, respondió;
quedaos con vuestros padres,
no espereis ya verme, nó;
si vos sentis mi partida,
mucho mas lo siento yo.”
Tomárala por la mano,
a Barba la encomendó;
los sollozos que dan ambos
de vellos es gran dolor.
Hacen triste despedida,
mortales estan los dos.
Allí llega un sacerdote,
grande priesa se da Guirón,
apriesa pide el caballo,
primero que en el subió,
besárala en el carrillo,
palabra no le habló.
Con furia parte del fuerte:
la mujer, que ir le vió,
llorando que reventaba,
a sus soldados habló:

“¿Que es de vuestro general?
¿como no le seguís, nó?
Todos cabalgan a priesa,
to:os le har: gran compasión
Toda aquella noche oscura
va caminando Girón
por sierras y despoblados.
que camino no buscó.
En esa Xauxa la grande,
gente del Rey le prendió
de allí fue traído a Lima,
do sus días acabó.
Cortáronle la cabeza
por traidor, dice el pregón,
sus casa siembra de sal,
por el suelo echadas son;
en medio está una columna,
do escrita está la razón:
“Vean cuan mal acaban
el que es a su Rey Traidor”.

OTRO ROMANCE

De ese fuerte de Pucara
Francisco Hernandez salía
un lunes, a media noche,
de Octubre octavo aquel día.
Casi mil trae consigo,
que pocos menos tenia,
muy en orden su escudron,
caballos e infantería:
cuatrocientos arcabuces,
muy diestros los que los tiran.
Tocando sus atambores
y sus banderas tendidas,
van a dar al campo real,
que cerca dél atendian,
porque entonces fue avisado
que munició no tenia,
piensa dalle encamisada
con la oscuridad que hacia.

Los del Rey, como supieron
que allí el tirano venía,
los toldos dejaron solos
y en escuadrón se ponían.

Cuando tocaron al arma
cada cual mucho se anima;
el capitán Diego Lopez,
que la munición tenía,
en aquel momento llegara,
que a todos diera la vida.

Francisco Hernandez Girón
en dos partes repartía
la principal de su gente:
que era el arcabucería;
los más diesen en los toldos,
los restantes por do el iba.

Por el lado do el marchaba,
sin pensar que así sería,
vió el ejercito real
que a la batalla atendía,
y luego como se vieron
dispara el artillería.

Como la noche era oscura,
ponía temor y grima:
no era más que fuego y trueno
todo cuanto parecía;
muchos muertos y heridos
de ambas partes caían.

Como el capitán Girón
no vió lo que pretendía,
la mayor fuerza del campo
descargó en la toldería.
diciendo: “¡alto! caballeros”

Muy en orden se retira
vuelve los suyos al fuerte
donde primero salía,
con menos hasta doscientos,
que quedado se le habían,

Miedo ni temor mostrando
más que antes de la salida,
alegre y regocijado
se está con doña Mencía,
hasta aquel día siguiente
Tomás Vasquez se le iba
a vista de todo el campo,
y algunos mas capitanes
trataban con Piedrahita
como poderle matar
para asegurar sus vidas.

Viédose él de ellos vendido,
consigo gime y suspira;
de su lecho se levanta,
su ropa pide y vestía;
trata de salir del fuerte
con aquellos de quien fía.

Con lágrimas de sus ojos
a su mujer le decía:

“¿Que os parece, mi señora,
de esta desventura mía?

Mas contrarios no eran parte
de ponerme en tal fatiga;
véome desbaratado
de quien antes me valía;
mis amigos fueron solos
los que me ponen huída;
esme forzoso dejaros,
aunque el alma lo sentía;
haced cuenta que de verme
será postrero este día.

Ahi teneis a vuestros padres,
estad en su compañía:
en ver que quedais con ellos
mi mal un tanto se alivia”

Doña Mencía lloraba
mientras él esto decía,
con delicados sollozos
responde a lágrima viva:
“¿Adonde vais, mi señor?
¿Do vais, esperanza mía?

No me dejéis triste y sola
 con aquesta pena esquivá,
 llevadme, señor, con vos
 donde os tenga compañía;
 haced cuenta so un soldado
 que con vos junto camina,
 si he de quedar sin vos,
 ¿para que quiero la vida?"

Francisco Hernandez responde:

"Descanso del alma mía,
 ¿como quereis ir conmigo
 huyendo sin alegría,
 pues sabeis que mi camino
 a huir solo se inclina,
 y si a voz, mi bien, llevase,
 ¿la cosa toda es perdida?"

¡Oh traidor, falso, alevoso,
 lleno de mal y falsía!

No te bastaba haber seido
 traidor a quien no debías,
 sino que a tu alma lo seas
 quitándotela este dia.

Dejas viuda y sin marido
 una tan muchacha y niña,
 y aun si del todo lo fuese,
 medio consuelo sería;
 pero el derecho se pierde
 do la fuerza resistía.

Despues de haber hecho aquesto.

a Ruy Barba se volvía:

"Hacé mi ruego señor,
 aunque a mi no se debía;
 encomiendooos señor Barba
 a mi bien, doña Mencía,
 que la lleveis a sus padres,
 pues fortuna así lo guia".

Ruy Barba le prometió
 lo que a ella mas cumplía
 y de no apartarse della
 hasta dalle compañía.

Con mil llantos se despiden,
mil lastimas se decían.
Girón sube en su caballo,
los demás allí atendían:
toma camino no usado
a causa que no le sigan

Con el ajusticiamiento de Girón terminaron los sangrientos espectáculos de las guerras civiles y principió la época tranquila y pacífica del Coloniaje. Un conato de alzamiento en Charcas donde fué muerto. Castillo no tuvo trascendencia más allá de los límites del vasto Corregimiento de La Paz. De la gaviilla de aventureros que asistieron a la trágica caída del Imperio del Sol habían muerto violentamente unos, otros envejecidos y enfermos pasaba sus últimos días en las ciudades recién fundadas de Lima, Huamanga, Huánuco, Arequipa y La Paz, o en las antiguas residencias indígenas del Cuzco, Jauja y Cajamarca; el resto de los sobrevivientes había sido despachado hacia las regiones desconocidas del oriente peruano, a proseguir los descubrimientos; aun se soñaba con El Dorado, el reino del Gran Paitite, y el País de la Canela. Hacia la conquista de estas tierras, fabulosamente ricas, se lanzaron centenares de hombres. Los veteranos de la conquista del Tahuantinsuyo eran preferidos por los enganchadores, con el beneplácito de los Virreyes, deseosos de alejar de sus gobiernos a los indisciplinados, sediciosos y malandrines.

Así fué que el Virrey Marqués de Cañete permitió a Don Pedro de Ursúa la entrada a la región del Amazonas con una expedición que había de descubrir y poblar esas tierras. Acompañaba a Ursúa un tal Lope de Aguirre, vizcaíno, de sentimientos aviesos y de una ambición desmedida. Del astillero de Huánuco salió la expedición en 1560, llegando después de grandes contratiempos a las orillas del Putumayo. Aquí, Aguirre, que había fomentado, desde la iniciación del viaje, insubordinaciones y rivalidades, armó una zurriabanda espantosa, de cuyas resultas murieron el jefe de la expedición Juan de Vargas, lugarteniente de Ursúa, y más tarde Juan de Guzmán, así como una bella mujer doña Inés de Atienza. Aguirre, jefe ya de la banda de desalmados, se dirigió a la Isla Margarita donde cometió todo género de atrocidades y tropelías; más tarde en Venezuela continuó sus desmanes, hasta que, armadas algunas milicias por el capitán Bravo de Molina y un tal García de Paredes, tras lige-

ras escaramuzas en Barquisimeto, atacaron a Aguirre, que estaba casi abandonado, y dándole muerte descuartizaron su cuerpo que fue repartido entre las ciudades de Tocuyo, Mérida y Valencia, para que la vista de sus miembros mutilados, sirviera de escarmiento a revoltosos y criminales.

Los rimadores que aun quedaban de la epopeya conquistadora y que ya no tenían temas heroicos para componer sus romances, tiemplan aun las cuerdas de su lira para cantar las desgracias y malaventura de los buenos y esforzados y para maldecir de los protervos que tienen en Aguirre su arquetipo.

La guzla copltera cantaba así:

Riberas del Marañón,
de gran mal se ha congelado,
se levantó un vizcaíno,
muy peor que andaluzano.
La muerte de muchos buenos
el gran traidor ha causado,
usando de muchas mañas,
cautelas como malvado,
Matando a Pedro Dorsúa,
gobernador del Dorado,
y a su teniente don Juan
que de Vargas es llamado,
y después a don Fernando,
su principe ya jurado,
con más de cient caballeros
y toda la flor del campo,
matándolos a garrote,
sin poder nadie evitarlo.
Fasta (a) un clérigo de misa
las entrañas le ha sacado.
Y la linda doña Inés,
dió muerte a un Comendador
que a Policema ha imitado.
de Rodas, viejo y honrado,
porque le ordenó la muerte
par aservir al Rey su amo.
Llegado a la Margarita
do fue bien agasajado,
con su dañada intención
a todos los ha engañado.

No queda hombre ni mujer
que mal no fuese tratado
de este cruel matador,
que de Aguirre era nombrado.
Pasaron algunos días,
a gran mal determinado,
mató a todas las justicias
y a don Juan de Villandrando,
con muchos de los vecinos
mas principales y honrados;
y como perro rabioso,
quedó tan encarnizado,
que de sus propios amigos
a mas de veinte ha matado,
y entrellos los mas queridos,
fasta su maestre de campo.
I también mató mujeres,
y a frailes no ha perdonado,
porque ha hecho juramento
de no perdonar perlado,
pues mató a su confesor,
habiéndole confesado,
de garrote por la boca,
por ser mas martirizado.
A nadie da confesión,
porque no lo ha acostumbrado,
y asi se tiene por cierto
ser el tal endemoniado.

Después enmudece, al menos para la historia, la musa chistosa, juguetona, suspicaz, irónica y penetrante de los copleros de la Conquista. Tiene esta poesía un doble valor: representa la perennidad en el alma popular española de un gusto y una afición muy marcadas por la expresión poética y rimada de sus sentimientos, provocados por la admiración de hechos heroicos, los que han de servir también para analizar hasta qué punto el buen gusto apuntaba entre las gentes de esa época y de la ralea de los que se aventuraban a las tierras de América. Pues bien, aparte de esta sustancial cualidad, tiene un subido valor histórico, porque ella levanta como con broches de luz los cortinajes sombríos de las escenas de la Conquista, enseñándonos toda la magnitud de esa epopeya en que la civilización india y la cristiana chocan para derrumbarse, aniquilada la una, y

para perdurar la otra fragmentada y tambaleante a su contacto con las razas autóctonas.

Así, pues, la poesía popular de la época conquistadora, no puede ser olvidada ni mucho menos negada, en quien como Sánchez, revela tan elevado espíritu analítico y tan penetrante vista apreciadora; por eso al apuntar estas apostillas a su valioso trabajo, allegamos nueva contribución a la vasta historia de nuestra literatura. Ojalá que para obra futura y de más alta trascendencia, valga nuestra recomendación.

Los que sacrificamos las horas más felices de nuestra vida a la oscura, paciente y olvidada tarea del análisis de las cosas que fueron; y hemos experimentado los sufrimientos en esa lucha por lo desconocido, que muchas veces tras dura faena apenas compensa tanto afán con el descubrimiento de una fecha desconocida o de un nombre inmerecidamente olvidado; los que así trabajamos incansables por las reivindicaciones morales de la historia, podemos apreciar mejor la obra de Sánchez, labor la más brillante entre las realizadas por los jóvenes de la nueva generación, que, con laudable empeño se han dedicado a los estudios históricos y de crítica. Sólo que la juventud del novel escritor, pletórica de energía y de entusiasmo ha vencido su moderación y su sereno juicio, precipitándolo en ocasiones en senda vedada al que pretende convertirse en guía y apóstol del buen gusto. No hacen honor a Sanchez sus ironías destempladas para escritores de mérito, ni sus duras apreciaciones a la labor inmarcesible de figuras venerables. "Con el tiempo, Venus se vuelve fea y al amor se le caen las alas", decía un proverbio griego. Cuando la experiencia comience a templar los fogosos entusiasmos de una rebelde juventud, aparecerá entonces el crítico y el historiógrafo, el hombre de doctrina, el guía benévolo y severísimo, que así como condene con energía las ramplonerías, los eufemismos y las necedades, tenga también el aplauso, para los que amaron y sintieron la belleza, y, más aún, para los que escrudifiaron el pasado con diligencia benedictina, dando a conocer la evolución de nuestra literatura y salvando la obra de los antepasados ilustres. La historia es una lección moral, porque es el estímulo a los vivos, por la justicia que hace a la obra de los muertos.

HORACIO H. URTEAGA.

Lima, febrero de 1921.